

GAYA NUÑO

La muerte de Juan Antonio Gaya Nuño (1914-1976), al privar a la historiografía española y a la crítica de arte de uno de sus valores más representativos, nos ha dejado a quienes le teníamos entre los íntimos sin una de esas criaturas para las que la lealtad y lo amistoso constituían valores imbatibles. El soriano que al marcharnos a peregrinar el año 1951 por tierras americanas nos dejamos arremetiéndolo quijotesca contra todo lo falso, para encontrárnosle igualmente combativo, pero metamorfoseado en caballero de pelo blanco el año 1963 cuando regresamos, fue una de esas personas que por su fabuloso amor a España, en principio, no podía tolerar la actitud repulsiva de quienes abroquelándose en patriotismos de pacotilla, ejercían su profesión histórica y crítica con una estrechez, con una cortedad de miras, con un aire mediocre, en suma, difíciles de soportar para un espíritu abierto a todos los aires como él. Juan Antonio era un hombre, en lo literario y en lo humano, que creaba problemas, y eso, durante tantos años oscuros españoles, ha constituido el más grande de los pecados. Juan Antonio, por su naturaleza eminentemente polémica, como correspondía a un escritor que siempre quiso ver claro, detestando a los energúmenos sistemáticos, convertidos en pertinaces aguafiestas por oficio, no comprendía lo que normalmente suele considerarse como “una comunión con rueda de molino”, y a la tercera, si no a la primera, tiraba la mesa como el famoso alcalde, porque su talante se lo pedía y porque no amaba ese andarse por las ramas con el que se defienden en la vida cucos y superficiales. Era, como Hipólito Hidalgo de Caviedes lo ha reflejado en su reciente retrato, en compañía de su mujer, Concha de Marco, lo que con absoluta sencillez llamaríamos, “un buen gallo de pelea”. Pablo Serrano, al partir para su famoso busto de un conflicto como anudado, tampoco le reflejó de manera incompleta, sino ateniéndose a una descifradora, enalteciente precisión. De gran estatura, justo, pero no violento, difícil para el diálogo, pero teniendo siempre presente a aquel con quien hablaba, imponía con su presencia patriarcal, sobre todo en sus últimos años, labrada quizá en muchas vigiliadas, en muchos estudios, en muchas soledades. Porque esta criatura verdaderamente democrática, abierta a todo el mundo, había sufrido, como consecuencia de su capacidad de entrega, heridas y desengaños que, sin desplomarle ni por un solo momento sus convicciones, le habían llevado a un retraimiento social, contra el que estábamos quienes le queríamos, aprovechado, eso es verdad, en el plano creador de la manera más extraordinaria.

Asombra leer en la “Historia de la crítica de arte española”, último libro publicado antes de su muerte por Gaya Nuño, la cantidad de labor cumplida por quien todo lo hizo sin el mayor apoyo, sin la menor asistencia. Parece mentira que a este hombre, al que no le disgustaban la relación social y el diálogo, y que si últimamente vivía demasiado apartado del mundanal ruido, no era por aversión resentida, sino por el convencimiento de que una de las formas de nuestro triste confucionismo es el trato superficial e interesado, le cundiesen como le cundieron años de trabajo durante los que en silencio

y uno tras otro produjo la gran serie de libros que inmortalizan su labor. Estamos ante el caso del historiador y crítico que no lo es por la explotación de los temas que maneja, sino por la manera de entenderlos —manera como puede verse personalísima— y de descifrarlos. Nos encontramos, por otra parte, con un narrador, de vigor y pulso extraordinarios, llevado a segundo plano, por la cantidad ingente de su producción histórico-crítica. Pero en todo momento, cosa muy importante, ante un *escritor*, literario o artístico, que en vez de valerse de la obra ajena para edificar la propia, cumplió con creces la tarea que debe imponerse un alma creadora dispuesta a realizarse en el plano creador donde Gaya Nuño desarrolló su personalidad sorprendente, rindiendo a la invención aquello que la invención exige para trascender con toda su grandeza, y entregándole a la historia y a la crítica horas de trabajo y de capacidad penetradora, gracias a las cuales lo mejor de su obra en este sentido tanto se diferencia de las mostrencas, generalmente neutras, de eruditos nada respetables, que gracias a su paciencia llamémosla acumulativa tratan de hacerse respetar.

El caso de Juan Antonio Gaya Nuño debe subrayarse con trazo firme, porque no se valió de los elementos que manejaba para dignificar una personalidad de caracteres singulares, sino que iluminó y engrandeció con los valores de su personalidad importantísima aquello sobre lo que con gusto narrativo, historicista o crítico, le preocupó de la manera que ha dejado constancia en su obra inteligente y copiosa. El texto más erudito de este colosal trabajador de nuestra literatura refleja al manejarse que la información gayesca fue siempre de primera y que la categoría personal del escritor destacaba con tanta facilidad por encima de la tarea, desde el momento que la misma quedaba dignificada con su innegable categoría. Lo que en otros, por ejemplo, era simple acopio de datos, en las obras importantes de nuestro amigo se utilizaba para apuntalar un criterio, un concepto, existente con anterioridad al planteamiento de sus trabajos. Uno de los valores más destacados de Gaya, su talante polémico, no era consecuencia de un agror o de un enconamiento personales, sino ese afán de trabajar en el terreno historiográfico y en el crítico, sin consentir las vaciedades y las ligerezas que contemporáneos y antepasados suelen y han solido por desgracia cometer. El libro de Gaya Nuño sobre el Museo del Prado puede constituir un ejemplo preciso. En esta obra, de dimensión importante, está el Gaya erudito, el Gaya crítico y el Gaya polémico. Su salida, como es natural, no fue bien recibida por quienes tienen de tales tareas una idea anti gayesca... Porque Juan Antonio en él dijo verdades como puños respecto a actitudes para él y para muchos de nosotros nada respetables. Y porque, por si fuera poca su erudición, su magnífico sentido crítico, etcétera, arremetió quijotesca contra santones que, como es lógico, no acogieron su aventura con la simpatía a que se hizo acreedor. El escritor, el magnífico escritor, da en ese libro la exacta dimensión de su estatura. El conocimiento de la materia, su dominio por otra parte, se alían con la holgura del tratamiento, hasta

convertir este volumen en uno de los más representativos de la obra de Gaya. Dado que, con los temas importantes —y el del Museo del Prado no lo puede ser más para un crítico de arte que de tal se precie—, los escritores ponen en claro su grandeza o su miseria. Y dado también que en éste, como en otros volúmenes de su ingente bibliografía, nosotros subrayaríamos el valor más importante de Gaya Nuño: lo que este escritor tuvo de *demasiado* en todos los sentidos. Lo que su demasia humana, intelectual, erudita e incluso crítica le convirtió en uno de los exponentes más representativos del escritor de arte de su época.

Para comprender la demasia intelectual y humana a que anteriormente nos referimos, conviene destacar que Gaya Nuño no hizo nunca —o muy pocas veces— crítica periodística en diarios y revistas. Calificado como nadie para poner un poco de orden en el discutible y discutido mundo de las exposiciones, prefirió el libro y la conferencia para llevar a cabo sus actuaciones llenas de agudeza y rigor. Si Gaya Nuño hubiese accedido a cubrir una sección periódica, los disgustos, los encuentros, los choques con artistas y galeros hubieran resultado morrocotudos. Porque en un clima donde todo el mundo se suele creer un dioscecillo, la existencia de un valorador, encargado de demostrarle lo falso de su supuesta divinidad creadora produce molestias difíciles de evitar. “Crítico por lo menudo”, podría decirse, producía una gran admiración en Gaya, pero resultó tarea a la que nunca dedicó su tiempo. Un espíritu calificado por la *demasia* a que venimos refiriéndonos, no hubiera encontrado su quicio en quehacer tan ingrato. Porque en la crítica de exposiciones, cualquier actitud polémica se contabiliza como desprecio. Como si una obra en marcha, a la hora de analizarla desde un juego dialéctico obligado, no consintiera que hombres excesivos, ricos en ese *demasiado* al que venimos refiriéndonos, como Juan Antonio Gaya, ejerciesen la función de ordenación que el público exige a quien a tales tareas se dedica. El crítico, a la vista de lo que el mercado le brinda, tiene que ajustar *siempre* su sistema de pesas y medidas... Y Juan Antonio Gaya Nuño, a pesar de las limitaciones que evidentemente tuvo, no pasando probablemente de lo que Picasso supuso en el desarrollo incesante del arte moderno, pertenecía a esos espíritus que no hubieran transigido, que no se hubiera flexibilizado, a la hora de habérselas con las producciones no siempre legítimas que las salas de arte suelen brindar. En el caso de que lo expuesto en ellas hubiera coincidido con sus puntos de vista, los resultados hubieran sido sorprendentes. Cuando el gran crítico de arte se hubiese encontrado en las galerías con esos productos hijos del oficio y del cálculo más que de la necesidad y de una gran personalidad humana, rayos y truenos polémicos hubieran salido por su gran pluma de escritor.

Probablemente, la imposibilidad en que Juan Antonio Gaya se encontraba para llevar a cabo la crítica frecuente de exposiciones, como consecuencia de su demasia y personalidad acreditadas, hizo que nuestro escritor acerase su pulso polémico, agudísimo, penetrante, en tareas más considerables como, al fin y al cabo, fueron las que galvanizaron en sus libros diversos. A la hora de habérselas con una de las figuras más importantes que ha tenido la crítica española, vemos que la crítica periodística debe tener muy en cuenta, el tono, la ambición, la categoría que Juan Antonio Gaya acreditó en lo mejor de su minerva, puesto que —como alguna vez convinimos en conversación privada con el amigo desaparecido— la “crítica por lo menudo”, a quien tanto se debe y deben los pintores

españoles que andan por todas nuestras latitudes, es también culpable de algo que Juan Antonio Gaya despreciaba: la crítica como propaganda. El sentido de responsabilidad valorativa no le hubiera perdonado incurrir en esos terrenos donde la crítica se hace divulgación cómplice. Cuando Gaya en su famoso libro sobre la “Pintura española moderna” dio prueba, sin embargo, de nuestros valores pictóricos más importantes, demostró cómo hay que acercarse a ellos y cómo hay que categorizarlos, sin complicarse para nada con algunos de sus perniciosos defectos. Son modelo de crítica artística sus capítulos que al respecto figuran en el libro citado. Porque en este plano de cosas, como cuando Juan Antonio Gaya se enfrenta con la obra de pintores históricos, de pintores absolutamente consagrados por el tiempo y el rigor valorativo, la materia a estudiar no cae nunca en manos del capricho, sino en las de un hombre que dio a la función inteligente el empaque que se merecía, pese a que por la importancia de su obra y la prestancia de su figura, fuese uno de los hombres menos “empapados” y, por consiguiente, más cordiales, de cuantos hemos tratado.

Juan Antonio Gaya Nuño —para completar de manera absoluta la riqueza de su figura— fue, mucho antes de entregarse por completo y decididamente a la creación que, cuantitativa y cualitativamente, le acreditará para siempre, un promotor en tierras catalanas de pintura y pintores hoy muy consagrados. En un momento como el nuestro, en que todo parece haber comenzado “ayer” para tantos, conviene decir que “anteayer”, lo mismo en su puesto de asesor de una galería catalana que como miembro de la Academia Breve de Crítica de Arte dorsiana, Gaya Nuño colaboró a la elevación de un clima social-artístico que después de nuestra guerra civil última amenazó con caer en manos de un pernicioso academicismo. El historiador concienzudo, el espíritu que no toleraba los estudios superficiales sobre nuestras figuras magistrales, estuvo siempre de parte de los jóvenes mejores, de los valores posibles, de todos aquellos artistas creadores que, pasado el tiempo, han constituido lo más importante de nuestro tiempo. Porque aunque Juan Antonio Gaya fue “un moderno de finales de siglo”, como alguna vez lo hemos calificado, tuvo la suerte para la cultura española de ver con ojos nuevos lo tradicional y lo romántico de nuestra tradición artística, y con mirada equilibrada y nada iconoclasta, todo aquello que con el marchamo de “lo moderno” y de “lo nuevo” no siempre ha alcanzado niveles de legitimidad suficientemente plausibles. Gaya, el hombre que parecía bronco y era depositario de un talante tierno y cordialísimo, fue, por otra parte, un historiador que, gracias a su frecuentación responsable de lo actual, combatió siempre a los que entienden lo histórico de manera anacrónica. Para constituirse, como resumen, en un escritor, en un escritor de cuerpo entero, como conviene tener muy presente, que dignificó los niveles del escritor de Historia y del escritor-crítico de arte, entendiendo los valores que se presentaban a su criterio selectivo con la misma penetración con que entendió esos personajes que en sus cuatro libros narrativos lo consagraron como uno de los escritores de más garra, de más penetración y de gracia más particular entre los prosistas que un día merezcan ser destacados de la “generación del 36”, a la que Juan Antonio Gaya Nuño dio todo lo que tuvo de demasiado, de entero, de honesto, de digno y de persona, desvinculada por completo de la reverencia egoísta y de la adhesión interesada.

ENRIQUE AZCOAGA